

Nueva interpretación de SHERLOCK HOLMES

DOS IMAGENES DESCONOCIDAS DEL DETECTIVE Y DE SU AYUDANTE WATSON



El nuevo Sherlock Holmes, alegre, bebedor, y que golpeaba a los cadáveres con su bastón para comprobar si podía producirles heridas.

SHERLOCK HOLMES, ¿SABIO MISTERIOSO O BOXEADOR DE PORVENIR?

Los primeros informes que Watson obtiene de Sherlock Holmes son extraordinarios. Se entera de que pasa gran parte de su tiempo en el Hospital, haciendo experimentos en el laboratorio y golpeando violentamente a los cadáveres con su bastón, para comprobar si puede hacerles heridas.

Watson se pregunta si Sherlock Holmes es un sabio. Ha podido comprobar que sus conocimientos en literatura, filosofía y política son casi nulos. En cambio, es un experto en anatomía, en venenos, en música, en bastones, en boxeo y en esgrima. Todo esto compone una personalidad extraña y contradictoria. Sherlock Holmes puede decirnos dónde habéis estado, lo que habéis hecho durante el día, solamente con examinar el barro adherido a los bajos de vuestros pantalones; es capaz de rehacer una escena valiéndose de la ceniza de un cigarrillo; pero Sherlock Holmes ignora, según Watson, que la Tierra gira alrededor del Sol. Solamente le interesaban los conocimientos que podían serle útiles para sus investigaciones criminales; el resto le era completamente indiferente.

Conan Doyle fué médico, como Watson, y boxeador, como Sherlock Holmes. En "La señal de los cuatro", Holmes recuerda a un tal McMurdo, que ha librado contra él, hace cuatro años, un combate de boxeo a tres rounds. McMurdo declara que su antiguo rival era un boxeador de gran porvenir y Holmes dice, riendo:

—Ya puede ver usted, Watson, que, si las cosas vienen mal, me queda otra profesión "científica".

EL DILEMA DE SHERLOCK HOLMES

El detective en agraz piensa que aún está a tiempo de hacer una brillante carrera como boxeador. Es aún un hombre joven, pues en el momento en que le saca a la luz Conan Doyle tiene veinticinco años. Todavía no fuma en pipa ni se ha encasquetado su famosa gorra a cuadros. Alto—un metro ochenta—, delgado, ágil y musculado, se pasea por Londres con sombrero de ala echada sobre los ojos y gusta de fumar cigarrillos aromáticos y vegueros de La Habana. Cuando se decide a consagrarse exclusivamente a la investigación de crímenes es cuando se provee de la pipa. Sherlock Holmes no fuma siempre la misma pipa. Posee una colección de ellas y las utiliza para que le ayuden a pensar. Para cada caso usa una pipa distinta. En los problemas arduos y complicados echa mano de la pipa de barro cocido.

WATSON. NO ERA UN HOMBRE BAJO Y GORDO

El cine americano ha popularizado la figura de Sherlock Holmes y lo ha hecho con acierto, porque el detective era, en los relatos de sir Arthur, como lo han reproducido en la pantalla. En cambio, con Watson se ha cometido una injusticia de incorporación física. Watson no era gordo, sonrosado y bajo, como se le ha reproducido. Por el contrario, era de figura muy parecida a Sherlock Holmes: alto y rubio. Su temperamento no era infático, y en los momentos de peligro se mostraba decidido y enérgico. Su inquietud contrastaba con la de Sherlock Holmes, reposado y reflexivo. Cuando Watson regresaba a casa se encontraba a su amigo enfundado en un batín, calzado con unas zapatillas y envuelto en una espesa nube de humo producida por el tabaco que quemaba incesantemente. Era el momento cumbre del detective: cuando elaboraba, fría y metódicamente, sus teorías, que le conducían a un éxito infalible.

LA SENSIBILIDAD Y EL RAZONAMIENTO

El retrato moral de Sherlock

Holmes es más difícil de trazar. Siguiendo la trayectoria de sus actuaciones y de su vida se observa que es un hombre que no se emociona ni se impresiona por nada. Parece que el sentimiento ha huido de él. Si a Sherlock Holmes se le habla de amor, prorrumpo en estentóreas carcajadas.

Un cliente no es para él nada más que un caso, un problema. El elemento humano que pueda haber en cada uno de estos problemas que pasan por sus manos no le interesa. El sentimiento que se pone sobre las cosas o las personas impide razonar sobre ellas; ésta es una de las máximas favoritas del detective. Tiene un gran sentido del humor y acribilla con sus ironías a Scotland Yard, cuya eficacia pone en duda.

PARA TENER EL ESPIRITU ALERTA

Sherlock Holmes necesita tener constantemente sus facultades en tensión. Ha de ser un hombre inasequible al desaliento y su organismo no puede conocer la fatiga. Su actividad es extraordinaria. Sherlock Holmes duerme poco, o no duerme, su cerebro está en constante presión. Los comentaristas afirman, a la vista de esta extraordinaria actividad, que Sherlock Holmes tiene que beber en grandes do-

No es probable que haya en el mundo ninguna persona aficionada al misterio y a la investigación de crímenes y delitos que desconozca la personalidad de Sherlock Holmes, el detective que sir Arthur Conan Doyle se sacó de la manga, sumergió en la niebla londinense y convirtió en una especie de máquina para descubrir delincuentes. Su figura con la pipa entre los dientes y la gorra encasquetada ha paseado por el mundo entero en los cuadros de las novelas policíacas del autor inglés. Conan Doyle dejó la figura de Sherlock Holmes envuelta en una especie de niebla literaria, y esta figura, por tanto, es un poco imprecisa para la mayoría de los lectores. Sir Arthur no sintió gran predilección por esta creación literaria, que cultivó exclusivamente porque le dio mucho dinero. Y, paradójicamente, esta criatura a quien él estimaba tan poco fué la que ha quedado como representante de su literatura. El brigadier Gerard, el capitán Sharey, sir Nigel, sir Charles Tregellis y los demás personajes de las novelas de aventuras e historias que con tanta ilusión escribió sir Arthur Conan Doyle son familiares entre el público inglés; pero Sherlock Holmes sigue dando la vuelta al mundo entre ovaciones de sus numerosos admiradores.

Las Obras Completas de sir Arthur Conan Doyle siguen editándose. Las que más afanosamente busca el gran público son las que tienen a Sherlock Holmes como protagonista. "Estudio en rojo", "La señal de los cuatro", "La diadema de diamantes", "El rubí" y "La banda moteada" continúan despertando la emoción de los lectores impresionables. El tiempo transcurre y Conan Doyle y su creación no pasan de moda.

UN MEDICO BUSCA PISO

En "Estudio en rojo" hace su presentación el doctor Watson, que va a convertirse en la sombra de Sherlock Holmes. Nos explica en qué año se hizo médico, en qué Universidad se graduó, el lugar donde ejerció la medicina. Después nos cuenta cómo ingresó en el Ejército, a qué regimiento fué destinado, su participación en la segunda guerra contra el Afganistán y la herida en la espalda que sufrió en feroz combate. El doctor Watson es hombre



El fiel doctor Watson, que, según nos cuentan ahora, tampoco era bajo y tímido, sino alto, rubio y decidido.

PUEBLO

Fin de semana

SUPLEMENTO DE LOS SABADOS

MADRID, SABADO 23 DE JUNIO DE 1936

do la niebla cae sobre Londres. No sabemos dónde pasarán el crimen de turno, y éste, invariablemente, se produce en circunstancias que hacen temblar a la Policía. Sherlock Holmes adopta entonces su postura favorita. Se sienta cómodamente, apoya los codos en los brazos del sillón, junta las yemas de los dedos y falta nunca una exquisita perdis en silencio y medita. De pronto se presenta una joven desconocida, pálida, que empieza a hablar nerviosamente. Holmes la interrumpe, le asombra con sus comentarios, pide el bastón y el sombrero y se lanza a la calle, seguido de su fiel Watson.

Un nuevo caso acaba de comenzar.

UN CHISME AL OIDO



Según parece, el chisme que el león de la Metro le está contando al oído a la actriz Anne Francis tiene muchísima gracia. León VI, que es el nombre de la docilísima fiera, protagoniza una película junto a Walter Pidgeon y esta divertidísima muchacha, que, como ven ustedes, le sabe reír la gracia.

SAN ANTONIO 1956

Uno, en su ingenuidad, se acerca al Manzanares convencido de que en sus márgenes se va a introducir en un "baño madrileño". En un baño que, al revés que el turco, en lugar de sacarle del cuerpo el esplendor de sus grasas, se las enriquecerá por ósmosis con la mejor sustancia del succulento tocino de lo castizo.

La primera sorpresa nos espera en la airosa estantería del vendedor de sombreros: predominan los anchos sobre los hongos. Cinco de éstos naufragan entre el amontonamiento de los cordones, y esos cinco hongos tristes y minoritarios son el do-re-mi-fa-sol inicial de la absurda armonía de la verbena 1956.

Poco más allá, casi plantado sobre el puente que mira a la ermita, un letreiro pretencioso afirma rotundamente que allí se venden las auténticas salchichas de Francfort. Los ojos se nos llenan de espanto ante la herejía: en la verbena sólo son alimentos ortodoxos los churros; incluso las gallinejas, pese a su indudable madrileñismo, serían frívola heterodoxia, pequeño pecado venial contra el prestigio verbenero. Las salchichas, y más las de Francfort, son ya un enorme pecado mortal que seguramente no puede esperar la absolución.

Si huyendo de la profanación nos internamos en los aguaduchos y merenderos que salpican las orillas del río, encontraremos organillos. Nuestro suspiro de alivio se cortará en seco, pues el organillo estará casi siempre mudo, callado, apagado, aplastado por el estridente fragor de los tocadiscos. Y acaso sea esto lo mejor, pues alguien sabe del dolor que ocasiona oír un mambo a través de los gimientos rodillos del carricoche musical, movidos por cualquier indocumentado que ni lleva visera, ni sabe manejar el codo, ni siquiera se llama Felipe, como es su obligación.

En las mesas de estos merenderos y también en las que se levantan entre las atracciones de la verbena, no hay clara con limón ni aguardiente de Chinchón y, en ocasiones, ni siquiera sangría: la Coca-Cola y la Pepsi-Cola mojan los bigotes tristes de los turistas, de los celiberos y aun los de los vecinos del paseo de la Florida.

Antaño debió ser el disloque esa barraca que ofrece como atracción la impune rotura de bombillas viejas. Hoy, acasó por culpa de la psicosis atómica, esa barraca está siempre sola, vacía, abandonada a su suerte. Viendo su mostrador desierto, dan ganas de llorar al leer el antiguo cartel que recuerda sus tiempos de esplendor: "Pago adelantado para evitar confusiones."

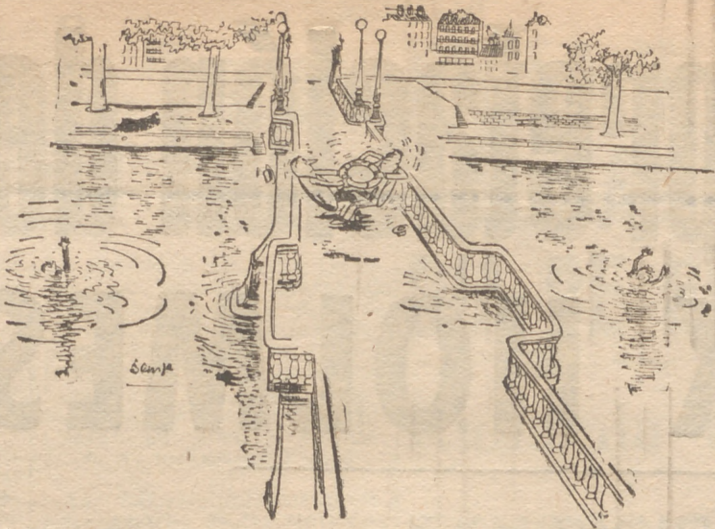
Lo que ayer fue "Tubo de la risa"—¿qué título tan jubiloso, tan grato, tan esperanzador!—es hoy "Rotor centrífugo". La técnica está también aquí, y en esta ocasión haciendo bien poco por el género humano; uno piensa que para entrar en un sitio así a divertirse debe proveerse antes del título de ingeniero.

Pero lo peor no está ahí, en la verbena propiamente dicha. Lo peor está en la "kermesse". En el tablado de la orquesta, una estudiantina se dedica con toda contumacia a la interpretación de aires gallegos. La Casta—que se llama Piti—y la Susana—que se llama Titi—se llenan de saudade, de morriña y de olor a grelos, y los turistas, respetuosos siempre con el "typical", creen a pies juntillas que aquello es el chotis; los pobres tratan de encontrar por alguna parte ese ladrillo del que tantas veces han oído hablar, y ni siquiera hay un barbián que les explique que el problema de la vivienda prohíbe la dedicación del material de construcción a la frivolidad.

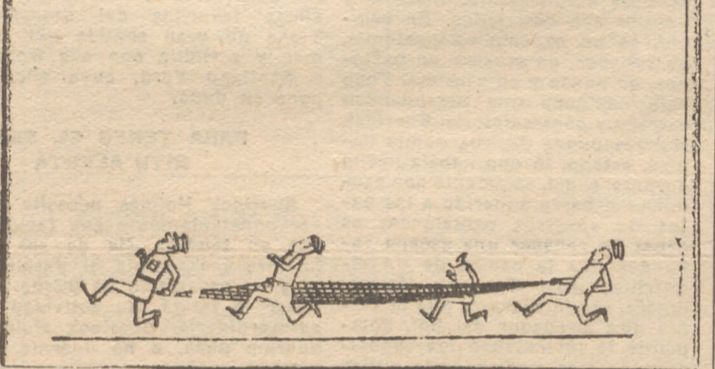
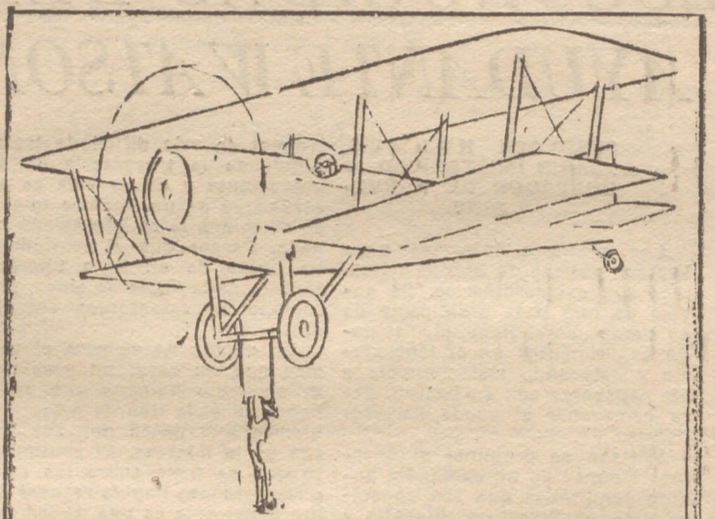
Sólo hay un momento luminoso en la verbena: es el amanecer, cuando después de hacer fila ante la ermita, el puente se llena de muchachas empañoladas, recién levantadas, frescas y llenas de esperanza. Es entonces cuando uno se da cuenta de que lo bueno es dormir y dejarse de tonterías; es entonces cuando uno, ante la falta de taxis, se resigna a volver a casa en el coche del "Madriles", que ha estado durante toda la noche estacionado, aburrido, carente de sentido, sin un cliente capaz de darse una vuelta acunado por la música lenta y cadenciosa de los blandos cascos del caballo.

Y en el coche del "Madriles", bajo un sombrero hongo que sombrea nuestro cansancio, entramos en la Gran Vía sembrando la confusión, la perplejidad y la risa.

Rafael AZCONA



Sin palabras.



Sin palabras.



--Qué quieres, querida, el perfume me emborracha.



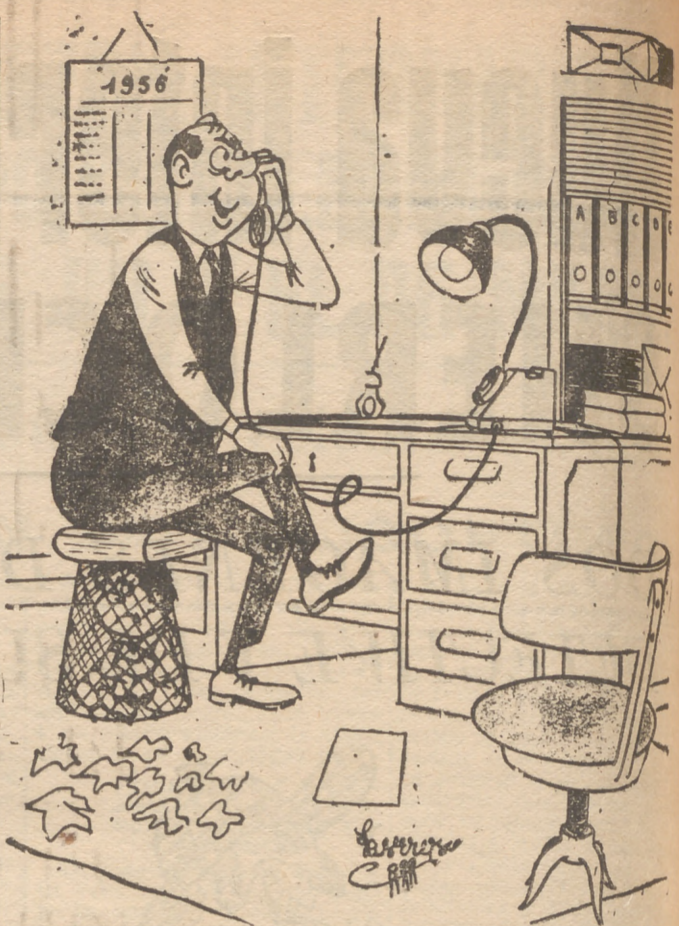
--Tome, monada; sin espinas, como quería.



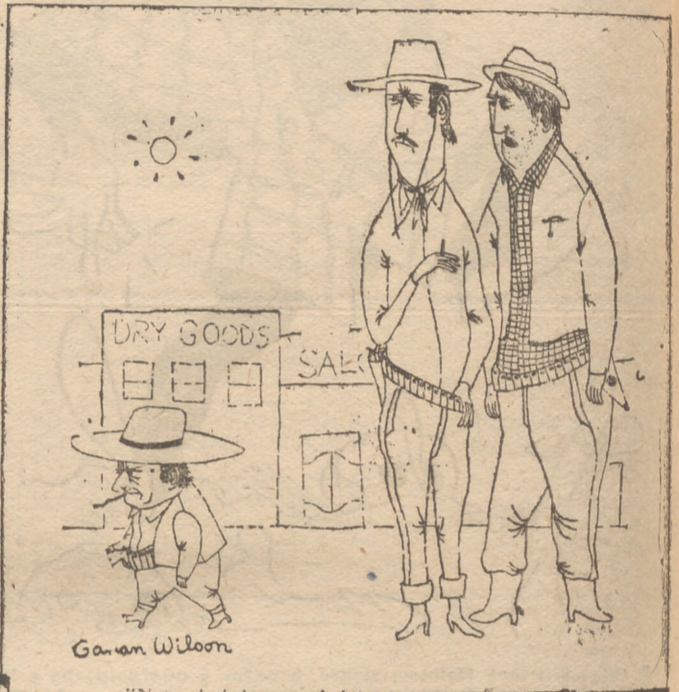
Sin palabras.



Sin palabras.



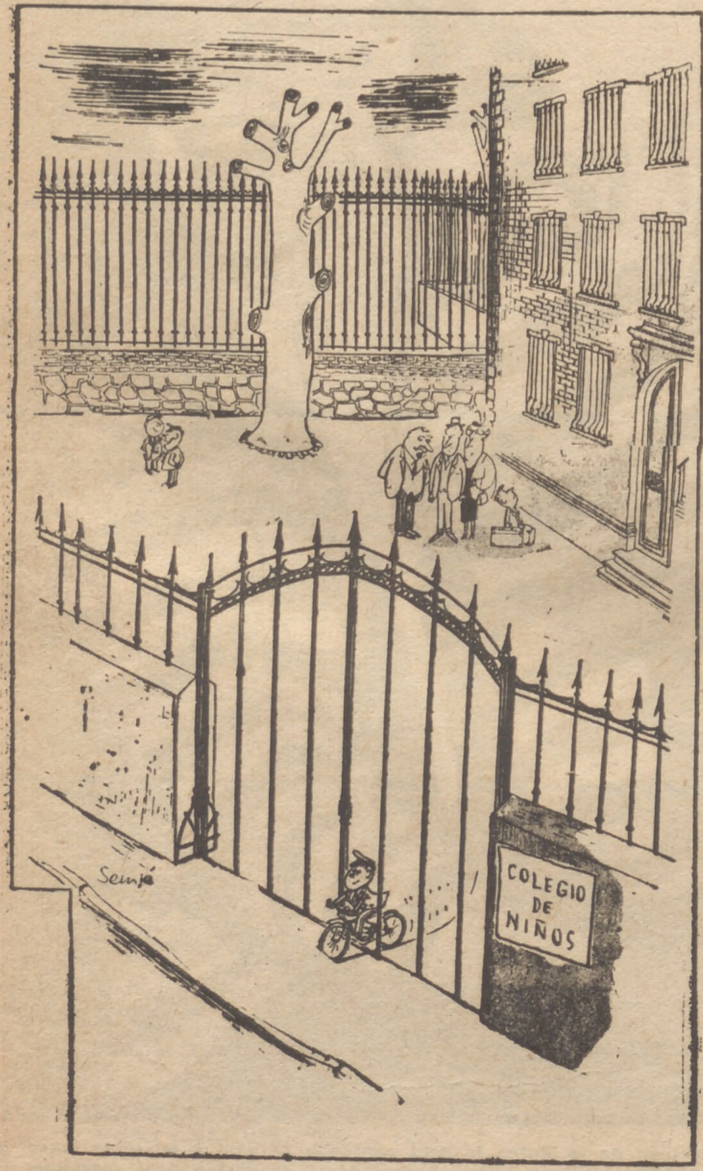
--No, esposa mía, no; el niño se está portando admirablemente.



--John es un tirador admirable y un blanco detestable.



Firma de autógrafos.



--Nuestro colegio tiene un aire austero, pero es sólo por el lado psicológico.

¡ATENCIÓN, LECTOR! ¿SABE USTED QUE SU MUJER FRIEGA AL AÑO 12.775 PLATOS?

¿Que invierte doscientas treinta y cuatro horas en arreglar sus camisas?

¿Y CUATROCIENTAS DIECISEIS EN PLANCHAR TODA LA ROPA?

¿Sabe usted, amable lector, que su mujer lava al año 12.775 platos?

¡Ah!, quizá nunca se haya parado usted a pensar que una familia, compuesta, por término medio, de cinco personas ensucian de 15 a 20 platos en cada una de sus comidas. Estos platos, multiplicados por trescientos sesenta y cinco días del año, nos dan la suma de 12.775 platos, antes indicada.

12.775 platos que pasan por sus delicadas manos, mientras usted opina que... "¡Vamos, yo no sé qué hacéis las mujeres todo el día! La vida os sonríe. Todo lo tenéis solucionado."

¡Menuda vida!
Y es que este mundo está tan mal organizado, que sólo los hombres tienen derecho a quejarse del exceso de trabajo. Continuamente se les oye decir que están cansadísimos y agotadísi-

mos. La oficina, según se desprende de sus afirmaciones, es un lugar de tormento, en el que, minuto a minuto, segundo a segundo, se les exige un máximo rendimiento.

—¡Menuda vida!— murmuran por la mañana al levantarse temprano.

—¡Menuda vida!— repiten mientras miran a su esposa revolverse perezosa entre las sábanas calientes de la cama.

—¡Menuda vida!— gritan casi mientras con cara somnolienta se calzan las zapatillas y emprenden el camino hacia el baño. Lo que ustedes ignoran, amables caballeros, es que sus esposas, poco después de marchar ustedes, se levantan e inician su jornada de trabajo casero, ingrata, callada y poco brillante.

Sus útiles de trabajo no son ni plumas ni máquinas de escribir, sino fcos capillos de raices, escobas y plumeros.

El hogar debe de brillar limpio y reluciente en todo momento. Su ropa, la de usted, ha de apañecer perfectamente planchada y cosida en las bandejas del armario.

SUS CAMISAS, SEÑOR

—¿Sabe usted cuántas horas de trabajo ha costado aquella camisa que dejó tirada en un rincón del cuarto de baño en un precioso bulto?

En lavarla, aclararla y tenderla invirtió un cuarto de hora; en coser, almidonar y a veces en cambiar puños y cuellos, tres cuartos de hora. En planchar, un cuarto de hora. Total, hora y cuarto.

Si suponemos que un caballero emplea como mínimo de dos a tres camisas por semana, se deduce que una mujer invierte en ellas, doscientas treinta y cuatro horas al año sólo en esa prenda.

Aún falta por contar las sábanas, la ropa de los niños, los trajes de usted, los vestidos de ella y el resto de la ropa.

Dos veces a la semana, eudorosa y jadeante, se inclina ante una plancha, y ¡ris, ras!, de arriba abajo y de izquierda a derecha, marca a tablas, desarruga arrugas, estira y quita los brillos de las chaquetas.

Dos veces por semana, durante cuatro horas cada vez, alcanzan al final del año la cifra de cuatrocientas dieciséis horas.

Durante este tiempo su mu-



Lo más práctico resulta llevar al marido a la compra. Así no volverá a protestar por los precios.

jer no tiene más panorama que la sábanilla blanca de la mesa y un hierro caliente y pesado en sus manos.

LOS SUELOS

La gran preocupación femenina son los suelos de las casas. Un piso reluciente, limpio, sin mancha de polvo es el sueño dorado de toda ama de casa.

—¿Cuántas horas se necesitan para conseguir esta maravilla?

—Muchas. Primero hay que barrer, luego fregar y por último dar brillo.

Una casa tiene muchos suelos, y usted y los niños muchas suelas de los zapatos llenas de barro. El cuarto de baño, una vez que usted lo abandona hay que entrar en él en barca. Casi siempre, en el espejo, quedan huellas de jabón de afetar. Y las toallas yacen arrugadas y mojadas sobre el taburete.

La cera, pocos minutos después de pasar usted sobre ella, aparece rayada y con señales de goma de los zapatos.

—Vamos, que somos la marabunta— exclama un lector molesto.

—Sí, amigo; la auténtica marabunta, regañona y gruñona.

EL MENU

Entre plancha y plancha, entre plumero y trapo de polvo, hay que hacer la compra.

La compra es un arte bien difícil. Conviene tener tenderos conocidos para que el pescado esté fresco, los tomates lozanos y la fruta jugosa y en su punto.

La compra es causa de los mayores trastornos financieros, pesadumbres y berrinches familiares.

—¡A ti es que te engañan en la plaza!

—Este mes me has pedido más dinero que nunca— protesta el esposo a la hora de comer—. ¡Y quisiera saber en qué extraordinarios!

Se empieza echando las cuentas con los dedos y, al final, no existe papel suficiente para cubrirlo con una larga y ondulante columna de cantidades.

Pues bien, lector; esa succulenta merluza que usted ha comido hoy, ese maravilloso guisote, esa carne a la jardinera, que surgió en un plato limpio y reluciente a la hora de almorzar, ha costado, además de un día y medio de sueldo, toda una mañana de trabajo de su esposa.

Mientras ella limpió el comedor, los cristales y los radiadores, corrió también a la cocina para levantar la tapa del puchero y echar una miradita al potaje.

Puso justo la pizquita necesaria de sal para que luego usted no protestara por si estaba demasiado soso o salado.

Toda una mañana de afanes para que, en poco más de media

hora, usted recoja el delicioso fruto.

LA COSTURA

—Bueno, ¿y por las tardes?— oigo decir a un lector—. Por las tardes, ¿qué hacen las señoras? No me diga, que siguen fregando.

—Pues sí. Friegan los cacharros de la comida y apenas terminan empiezan las meriendas de los niños, cosen la ropa de la semana e inician la cena.

—Claro que las señoras amas de casa son muy listas! Todo esto lo realizan en un periquete y aún les sobra tiempo para ponerse guapas, lindas y salir con el marido a merendar y a lucir el vestido nuevo por plena Gran Vía.

En resumen, toda una vida dedicada exclusivamente a ustedes, amables lectores.

PROTESTAS Y MANTAS

Bueno, bueno, ya sé que mu-

chos van a opinar que esto es exagerado y que nosotras, las mujeres, según la teoría expuesta, somos unas pobres y tristes víctimas.

¡Tranquilidad! Nada de esto pretendo. Sólo quiero rehabilitar el trabajo femenino casero, darle su importancia y sacar a la luz su ingratitud y poco lucimiento. ¿Ha pensado usted, lector curioso, en lo terrible, en lo monótono que resulta el colocar diariamente, en pleno invierno, manta tras manta en seis o siete camas?

Una, y después otra y otra. Cuando se termina con un dormitorio se empieza con el de los niños y el de los abuelos. Y los brazos se cansan de tanto levantar, plegar y remeter mantas.

—¡Parece mentira lo que da da de sí un borrego!— no puede por menos de exclamar la sufrida ama de casa.

Maria Pura RAMOS



Toda la mañana de preparativos para conseguir un buen menú, y luego, en menos de media hora, acaba usted con él



Los platos que no se lavan se rompen; de esta manera se ahorran muchas horas de trabajo y fatigas



¡Ah! La compra, tema difícil para la economía familiar,

Los libros de Isaías, en una caverna, al sur del mar Muerto

UN SENSACIONAL DESCUBRIMIENTO ARQUEOLOGICO

Hace diez años, dos beduinos del desierto de Guída hicieron un descubrimiento de gran importancia. Penetraron en una gruta del mar Muerto y encontraron allí tres carteles escritos en un pesado lino. Uno de ellos era un manuscrito que data de hace dos mil años, pero que estaba perfectamente conservado. Media más de siete metros y contenía íntegro el texto del libro de Isaías. Si se piensa que la copia de la Biblia hebreaica

algun tiempo lo que los árabes llamaron "Qumran", y que hasta ese momento no habían llamado la atención de ningún explorador. Sólo después del primer descubrimiento los hombres de ciencia recordaron el texto contenido en uno de los libros del célebre naturalista Plinio, muerto durante la famosa erupción del Vesubio, en el año 79, después de Cristo. Al principio del texto se dice: "Al oeste del mar Muerto, lejos de las malignas exhalaciones del

constituían una verdadera orden religiosa, que ha causado la preocupación de los historiadores de todos los tiempos. Dos escritores hebreos de la época de Plinio, Giuseppe y Filon escribieron mucho sobre las particularidades de los essenos; pero nadie, en realidad, conoce la verdad sobre este maravilloso orden de vida, en el cual la utopía reinaba con fervor religioso.

Los beduinos que encontraron el manuscrito del libro de Isaías descubrieron también un rútilo que decía: "Reglas de la comunidad." Tales reglas correspondían, ni más ni menos, a las que Filon y Giuseppe atribuían a la comunidad Essena. Aunque el docto hebreo Lázaro Sukanik, que había descubierto otro grupo de manuscritos, y el orientalista Andrea Dupont-Sommer estuvieron de acuerdo en afirmar que quienes habían transcritos el libro de Isaías y los otros manuscritos hallados en la orilla del mar Muerto no podían ser más que de los essenos, de los que Plinio hablaba.

Hacia el final de 1951, Gerard Hardnig, director del Departamento de Antigüedades, y el Padre Roland de Vaux, director de la Escuela Bíblica y Arqueológica francesa, decidieron iniciar los trabajos de excavación de las ruinas de Qumran.

Después del quinto día de excavación, se podía tener una idea clara de la planta del monasterio, cuyos restos revelaban con precisión la sala del consejo, el refectorio, la cocina, el horno para cocer el pan y el de cocer los ladrillos, los silos y el molino. Con la ayuda de los textos hallados se pudo reconstruir con bastante exactitud una jornada de trabajo de los essenos. Comían en comunidad y en comunidad recitaban sus oraciones. Se bañaban con frecuencia, ya que estas abluciones formaban parte de su religión y de sus ritos. Trabajaban para el mantenimiento de la comunidad. Su vida era ascética, comían en silencio y concedían al cuerpo el alimento estrictamente necesario. En el comedor se encontró el armario donde guardaban la vajilla; las escudillas y tazas eran pobres, propias de gentes que



Jean Starcky, uno de los dos arqueólogos descubridores de la gruta cercana al mar Caspio, dice la santa misa antes de recomenzar sus trabajos de investigación.

habían abandonado el mundo y su riqueza para tomar parte de la comunidad. Una media docena de grandes recipientes contenía el agua necesaria para el uso y las abluciones de los monjes. Algunos de ellos vivían en la gruta durante toda la semana; sólo los sábados se reunían con sus compañeros. Durante este tiempo dormían sobre las rocas o se permitían, a lo sumo, una ligera colchoneta de cortezas de árbol. Algunos kilómetros más al sur del monasterio, cerca de la fuente de Ain Feshkha, se descubren los restos de una gran construcción; era la factoría del convento. Al este del monasterio se alinean más de mil tumbas, orientadas de Norte a Sur y sin ningún ornamento fúnebre. Los siete rútilos, más o menos completos, y otro manuscrito hallado en la gruta, que llamaremos gruta I han sido objeto de estudio del americano Millar Burrows.

LA "PRUEBA DEL CARBÓN 14"

Para descubrir la fecha, el pedazo de lirio encontrado y los rútilos pasaron por la "prueba del carbón 14". Se sabe que todo ser vivo, planta o animal, absorbe a partes iguales carbón 14 y carbón 12; pero en el momento en que muere, devuelve lentamente lo primero mientras conserva inalterable el segundo. Se sabe a qué ritmo el organismo libera el carbón 14, y así, calculando la cantidad de tal sustancia todavía contenida en el lino, es posible asegurar que data del año 33 antes de Cristo.

Naturalmente, esta fecha se ha establecido con una cierta aproximación.

UN SEGUNDO LIBRO DE ISAÍAS

Pero volvamos a los descubrimientos. En la gruta I, algunas excavaciones clandestinas descubrieron la existencia de un segundo libro de Isaías, conservado peor, y un volumen que describía la guerra entre los hijos de la Luz y los hijos de las Tinieblas. Además fue hallado un tomo, aún no descifrado, en el que figura una canción popular armenia, junto con algunos fragmentos del "Génesis".

Aún existe otro libro, estudiado por el sacerdote de la Escuela Americana de Jerusalén, que contiene el texto del profeta Ababuc y algunos versos que se refieren a la historia de la secta de los essenos. En forma velada, el autor habla del "Impio", perseguidor del "Maestro de Justicia", que pudiera ser o no el jefe de la comunidad Essena. Este personaje central ha suscitado una gran cantidad de discusiones entre los hombres de ciencia y ha hecho surgir muchas interrogantes.

¿Los essenos, que vivían bajo reglas monásticas, eran, como pudiéramos decir, católicos? Los essenos aparecen en la Historia en la época de los macabeos, que liberaron al pueblo hebreo del yugo del rey griego de Siria, en el año 152 antes de Cristo. Jonathan, uno de los hermanos de Judas Macabeo, que fue sumo sacerdote, aunque no perteneciese, probablemente, a los Hijos de Sadoc, que tenían en sus manos todo el acervo religioso antes del tiempo de David. Una parte de los Hijos de David pasó poco después a la oposición, que unieron sus carreras políticas, como reyes que eran, con la religiosa de sumos sacerdotes. Prefirieron el fausto de la corte y de las armas al servicio del altar. Estos sucesos dieron lugar a un nuevo ordenamiento al calendario, por el cual la fecha de la Pascua y de otras fiestas religiosas no coincidían. De este cisma nació la secta de los essenos.

EL MONASTERIO DE QUMRAN

La fundación del monasterio de Qumran parece que se debió al sacerdote que los textos llaman "Maestro de Justicia". ¿En qué período este hombre dirigió la suerte de la comunidad esse-

nia? Para responder a esta pregunta tenemos antes que contestar a otra que se refiere al "Impio", que persiguió al "Maestro de Justicia". Los hombres de ciencia no están de acuerdo en la identificación de este reysacerdote, que pudo ser Alejandro Janneo (103-76), tristemente célebre por haber mandado crucificar 800 fariseos, o su hijo Ircano II, que le sucedió en su puesto de sumo sacerdote y ejerció el poder temporal en los años, 62, 63 y 40.

El comentario al libro de Ababuc, redactado hacia la mitad del I siglo después de Cristo, se refiere a la muerte del "Impio". "Estos versos — escribe — tratan

UNA NUEVA INTERROGANTE

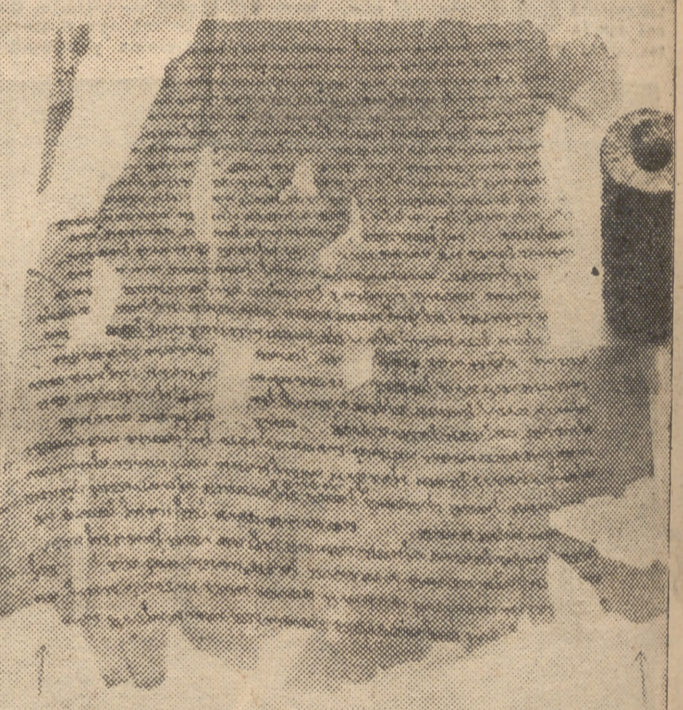
Pero al llegar aquí surge una nueva interrogante. La secta, después de la muerte de su maestro ¿siguió en el desierto o se la obligó a marchar a Damasco? De este exilio a Damasco se encuentra mención en un escrito essenio llamado por los científicos "Documentos de Damasco". Quizá se podría encuadrar este período durante el reinado de Herodes el Grande, ya que en los restos del monasterio no se han encontrado monedas acuñadas con la efigie de este rey. El Padre de Vaux ha explica-



Vasos y monedas encontrados en la Gruta I.

terminó en el II siglo después de Cristo, nos daremos cuenta de la importancia del manuscrito, que puede datar de cien años, por lo menos, antes de la venida del Mesías. A este primer descubrimiento siguieron otros. Se procedió a inspeccionar toda la gruta con suma cautela y se vio sobre una especie de terraza que caía cerca del mar Muerto, llena de una hierba fresca y jugosa, los restos del edificio en el cual, posiblemente, vivieron los escribanos que copiaron el manuscrito. ¿Quiénes eran éstos? Las ruinas de que hablamos fueron en

Vesubio, viven los essenos, comunidad solitaria más que ninguna otra, cuyos miembros han renunciado a la compañía de mujeres, amor y riquezas... Más abajo se encuentra la ciudad de Eugaddi." Entre Eugaddi y Jericó, recordadas anteriormente por Plinio, se conoce la existencia de unas solas ruinas de alguna importancia, las de Qumran, que debían de representar el centro donde vivían los essenos. **LOS ESSENIOS, ORDEN RELIGIOSA** La secta judía de los essenos



Fragmento de uno de los manuscritos hallados en la cueva, y cuya clasificación y traducción se ha efectuado en el Museo Arqueológico de Jerusalén.

do la ausencia de monedas de Herodes con el hecho siguiente: las excavaciones han relevado un descendimiento progresivo y evidente en dirección Norte-Sur y una unión de los muros. Los científicos afirman que, a su parecer, este monstruoso declive del monasterio se debe al terremoto ocurrido en el año 31 y que costó la vida a 30.000 personas. La hipótesis de que los essenos habían abandonado temporalmente Qumran por la Siria podría no ser falsa.

El Monasterio fue, evidentemente, restaurado después de la muerte de Herodes el Grande, como se puede deducir de los trabajos que lo hicieron otra vez habitable. Pero fue abandonado — y esta vez definitivamente — cuando las legiones de Vespasiano decidieron la batalla de Giordania y se instalaron en Jericó; esto ocurrió en el año 68 después de Cristo, dos años antes de que Jerusalén cayese en manos del hijo de Vespasiano, Tito. Antes de partir los monjes escribieron el manuscrito de la Gruta, y algunos de ellos, que no querían abandonar el monasterio, intentaron vivir en él, y en la cueva, pero resultó inútil, porque las guarniciones romanas tomaron poco después posesión de aquel lugar.

Ignoramos qué habrá sido de los essenos después de la llegada de los romanos, pero se puede pensar que fueron absorbidos en parte por la Iglesia naciente y en parte por las otras sectas agnósticas y hebraicas.

Este texto no puede referirse, sin embargo, a Alejandro Janneo, pero sí a Ircano II, que fue hecho prisionero de los Partos, mutilado y estrangulado por orden de Herodes el Grande, en el año 30 antes de Cristo. "El Maestro de Ceremonias" debió existir, no obstante, unos cuarenta años antes de la muerte de Ircano II, y el hecho de que se hable en el libro de su muerte es refiriéndose o tomándolo como un instrumento de la venganza divina. Pompeyo ocupó Jerusalén en el 63, y desde entonces fue Roma la que dictó leyes a propósito del Sumo Pontífice. El principio de la predicación del "Maestro de Justicia" tuvo que tener lugar al principio del primer siglo antes de Cristo, reinante Alejandro Janneo. Giuseppe, el escritor hebraico, del que ya hemos hablado, describe al rey sumo sacerdote como un hombre que llevaba con toda dignidad sus cargas. Sin embargo, pudo haber ocurrido que este hombre se retirase al desierto y allí fundara la "Nueva Alianza", separándose así del clero de Jerusalén, violador de la alianza de Dios con su pueblo.

POR CARRETERA O POR RIO



Alan Eckford, constructor de motores ha resuelto de modo práctico e ingenioso sus vacaciones estivales inventando la casa flotante que ustedes pueden ver, y que, montada sobre un bastidor especial, puede servir para ir por la carretera, convenientemente remolcada por el automóvil familiar. Deseamos a los señores Eckford e hijos un veraneo sin averías en el motor

CRISTAL SOUND SYSTEM

TUNGSRAM RADIO

MADRID: Avenida José Antonio, 27 - BARCELONA: Caspe, 12
Dirección telegráfica: TUNGSRAM

Moda Veraniega Internacional

COMO saben nuestras lectoras —y nuestros lectores, que tienen que pagar las facturas—, estas semanas de julio son las indicadas por el calendario de la moda para preparar debidamente el guardarropa veraniego de damas, damiselas y niñas. El problema del traje de baño trae de cabeza a más de una mujer, y cuando ha conseguido solucionarlo, se encuentra de cara al problema del albornoz, los pantalones, el sombrero playero o los mil accesorios inútiles, pero preciosos, que completan un buen conjunto playero.

INGLATERRA

La moda inglesa no ha ganado ningún campeonato definitivo en las competiciones internacionales de elegancia femenina; pero hay una faceta en la cual consigue aciertos definitivos, y generalmente logra implantar su criterio práctico y sencillo, incluso entre las testarudas francesas, tan orgu-

llosas de su "chic" nacional. Estos éxitos se los apunta siempre en el campo de los atuendos deportivos.

Para este verano han lanzado los ingleses una colección magnífica de trajes de baño—uno de los cuales ilustra estas líneas—, que se caracterizan por la discreción de sus líneas, que nunca dejan de ser elegantes y favorecedoras. Los creadores ingleses, al diseñar sus modelos, han hecho la guerra a las audacias que tientan tantas veces a los italianos y los americanos en sus trajes de baño. La belleza femenina—según los técnicos de las Islas Británicas—debe ocultarse inteligentemente para que sea perfecta.

ITALIA

Se ha dicho muchas veces que la belleza de las italianas—como la de las españolas—es de tal calidad que no necesita adornos: no obstante, los modistos ponen al servicio de sus compatriotas todo

el ingenio, la fantasía y el buen gusto que es característico de su raza. Este año han lanzado especialmente una colección asombrosa, por su variedad de albornoces y chaquetitas amplias y cortas para la salida del baño.

Los albornoces se confeccionan en tela rayada o estampada, de tonos vivísimos y alegres. Se hacen muy cortitos, por encima de las rodillas, con bolsillos enormes, con mangas japonesas y con una variedad de soluciones llena de encanto y de gracia femenina.

Son muy prácticos los albornoces de tonos un poco oscuros—negro o azul marino—con rayas rojas, amarillas o verdes, y se llevan con bolsas de colores idénticos y sombreros a juego.

La fotografía que ilustra estas páginas muestra precisamente un conjunto delicioso del sombrero y bolso en paja de Florencia. Pero como nuestras lectoras no van a ir hasta la ciudad del Arno a comprar sus accesorios, les aconsejamos el uso de los sombreros españoles llamados de segador. Como la paja que se emplea en estos sombreros es muy dura, se usan sobre pañuelos de colorines, a la manera aldeana, y resultan favorecedores y alegres.

FRANCIA

Los franceses siguen lanzando sus creaciones a la circulación mundial, todas ellas llenas de ese sutilísimo atractivo que ha hecho

famosas a sus casas de alta costura. Sus ideas se aceptan desde San Rafael a Sávena, pasando por Cannes, Niza y Mónaco, y dan la vuelta al mundo con toda normalidad. En esta página presentamos uno de los modelos que mayor aceptación han tenido este año. Un vestido muy favorecedor, ideado de modo especial para las excursiones marítimas, y que tiene la ventaja de permitir una gran libertad de movimientos, al par que resguarda el cuerpo de los rayos solares, dejando sólo al descubierto brazos y piernas, que ofrecen menos peligro de ser despellados en el curso de una excursión marítima.

ESTADOS UNIDOS

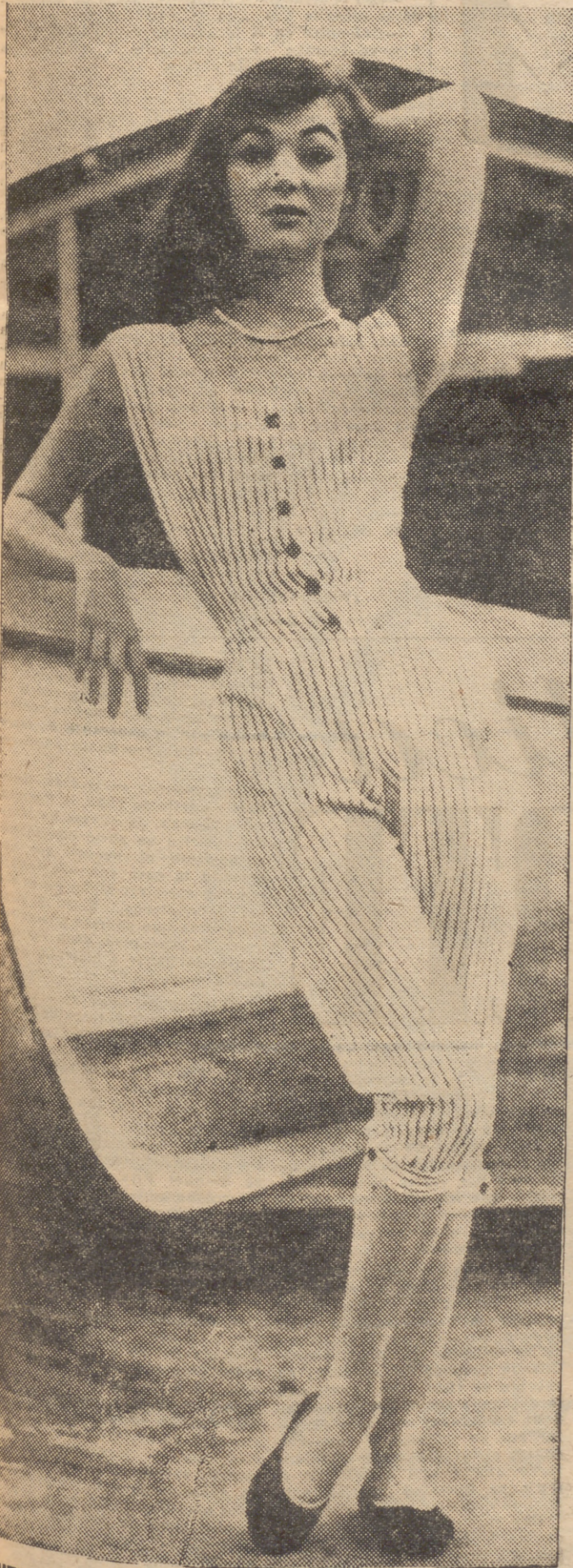
Pero las playas no terminan en Europa. Existen las de Florida y las de California, las de Póchos, las de Copacabana, las de Monterrey y las de Acapulco.

Para las bellas de ese continente sus creadores de modas han trabajado firme esta temporada y—como los ingleses—han adoptado también cierta tendencia a la discreción, olvidando los excesos de audacias de otras temporadas, especialmente los dos piezas para la playa, que se han pasado totalmente de moda, convencidos los creadores de que, salvo en casos de excepcional buena figura, no favorecen a nadie.

P. N.



VERANO EN ESTADOS UNIDOS Para las playas de la Florida, los creadores norteamericanos han lanzado su nueva línea veraniega: pantalones pirata, zapatillas de torero y bolero rayado para los momentos en que la señorita no torrefacta sus brazos al sol.



VERANO EN FRANCIA Para el guardarropa de una elegante en sus vacaciones en la Costa Azul, los creadores franceses han lanzado este gracioso modelo, que permite una gran libertad de movimientos y resulta especialmente acertado para las excursiones en barca.



VERANO EN INGLATERRA Las Islas Británicas, rodeadas de agua por todas partes, como mandan las Geografías, han lanzado este sencillo, original y discreto atuendo de playa, confeccionado en tela de rayas rojas sobre fondo blanco, muy fácil de copiar—como ven nuestras lectoras—y sencillo de confeccionar en casa con un poco de habilidad y una de esas amigas listísimas que saben "probar" debidamente, bien armadas de los consiguientes alfileres y el consabido hilo de hilvanar.



VERANO EN ITALIA La paja florentina resulta casi protagonista de este conjunto, en el que las dos piezas más vistosas son el sombrero y el bolso tejidos y creados por los artesanos de la ciudad del Arno. La chaquetita está forrada con una tela del mismo color que el resto del gracioso equipo veraniego.



TRÁS LA PUERTA CERRADA

BY ELLERY QUEEN

—Ya le administraré a su hijo un merecido correctivo—respondió Terry, señalando a Ellery con el puño—. ¿Pues no ha tenido la audacia de...?

—Basta—interrumpió el inspector, irritado—. Ya estoy harto de estas tonterías. Ven, Ellery. El doctor y la señorita Mac Clure nos acompañan.

—No vaya, Eva—intervino vivamente Terry, impidiéndole el paso—. No puede usted tenerse en pie. Retírese a descansar.

—No. Quiero recoger algunos recuerdos de mi madre.

—¿Ya tendrá tiempo mañana?

—Ring—dijo el doctor Mac Clure.

—Pero...

—Déjeme pasar, por favor—articuló Eva secamente.

Terry obedeció, encogiéndose de hombros.

XX

—Puede usted subir, señorita Mac Clure—dijo bondadosamente el inspector, que había notado el tímido movimiento de Eva hacia la puerta del cuarto de Karen Leith, al entrar en el tocador, que todavía custodiaba el agente Ritter.

—La acompañó—declaró Terry.

• Prefero estar sola, Terry. Gracias, inspector. Eva desapareció por la puerta que conducía al granero. Los demás la oyeron subir la escalera con cansados pasos. A una orden del inspector, Ritter fué en busca de Kinumé.

—¡Pobre chica!—dijo el inspector—. La compadeczo de todo corazón.

El doctor Mac Clure se acercó a la ventana, y preguntó después por encima del hombro:

—¿Puedo disponer de los restos de Esther, inspector? Desearía ocuparme de su inhumación, y también de la de Karen, naturalmente.

—Tiene usted carta blanca, doctor... ¡Ah! Entre, Kinumé.

La vieja japonesa se mantenía temerosa en el umbral de la puerta, brillantes de aprensión sus ojos oblicuos. Ritter erguiase majestuosamente a sus espaldas, pronto a cortarle la retirada.

—Un instante, por favor, inspector.

El doctor Mac Clure avanzó con vivacidad hacia la anciana, a quien cogió de las apergamizadas manos.

—Buenos días, Kinumé.

—“Lo”, doctor Mac Clure—respondió ella.

—Sabemos toda la verdad acerca de Karen y de Esther, Kinumé.

La vieja alzó hacia él la mirada, asustada.

—Esther muerta. Esther ahogada hace mucho tiempo...

—No, Kinumé. No es cierto. Sabemos que Esther vivió durante muchos años en el cuartito del granero. Ya no vale la pena mentir, Kinumé.

—Esther muerta—repitió la otra con obstinación.

—Sí, Kinumé. Esther ya no existe. Pero murió hace algunos días. La Policía encontró su cuerpo en otra ciudad próxima a Nueva York? ¿Comprende?

La anciana vaciló; luego se deshizo en lágrimas.

velar a nadie la presencia de la señorita Esther en esta casa, Kinumé?—preguntó Ellery.

—Señorita ordenó callarme. Yo obedecer. Ahora señorita muerta. ¡Esther muerta!

—¿Sabe usted quién mató a su señorita, Kinumé?—preguntó suavemente el inspector.

El estupor se pintó en el viejo rostro bañado por las lágrimas.

—¿Matar a la señorita? ¿Quién...?

—Esther.

Kinumé, con la boca abierta, miró alternativa-

—Señorita no poder subir al cuarto de Esther—respondió.

Habían fracasado. Todos sus esfuerzos resultaron inútiles. Sentada en el diván, las manos juntas, Eva parecía un reo que aguardase su sentencia de muerte.

—No podía...—comenzó el inspector con tono de perplejidad.

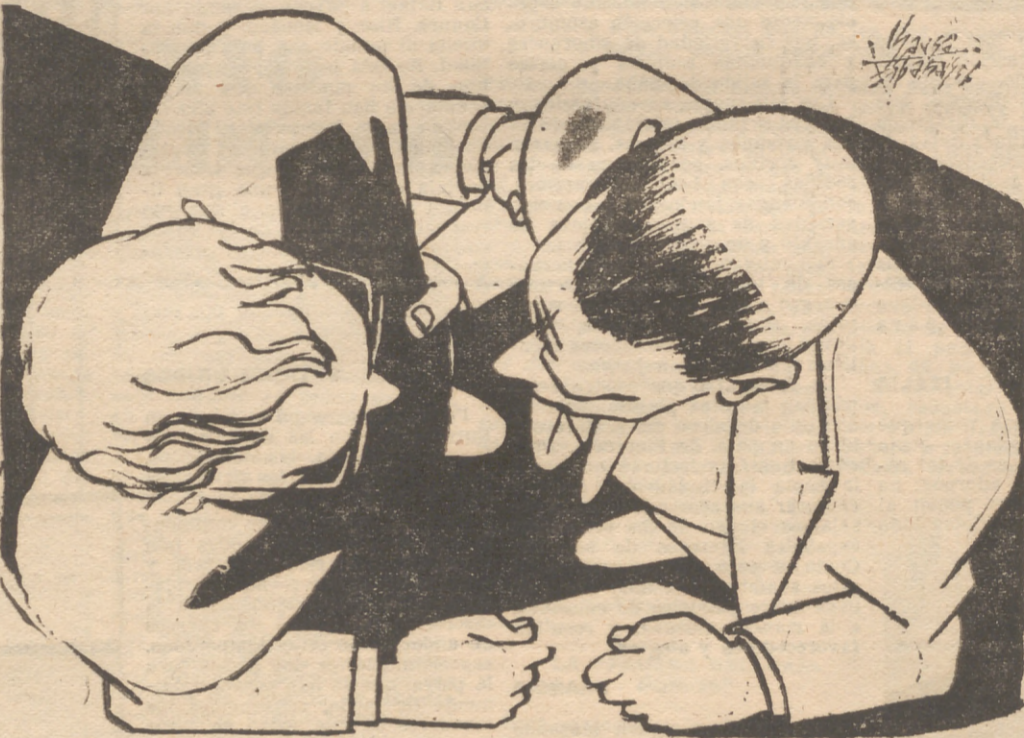
Sus ojos se posaron sucesivamente sobre los rostros de la escena: Terry Ring, el doctor Mac Clure, Ellery, los tres convertidos en estatuas; Eva Mac Clure, tan resignada... Con súbita violencia sacudió el brazo de la anciana.

—¿Dice usted que Karen no podía subir al cuarto de Esther? Sin embargo, la puerta estaba abierta, ¿verdad? ¡Hable, Kinumé! La puerta estaba abierta, ¿sí o no?

La pobre Kinumé permaneció sorda a las voces interiores. El pensamiento que palpaba en la tenue atmósfera: “Si. Responda que estaba abierta. Responda que estaba abierta”, no llegaba hasta ella.

—La puerta estaba cerrada. Imposible abrirla.

—¿Qué puerta? ¡Muéstrémela!



—No tiene usted necesidad de seguir mintiendo, Kinumé—murmuró el doctor—. En lo sucesivo sólo le queda Eva. “Eva sola”, ¿comprende, Kinumé? “Eva sola”.

Pero Kinumé se hallaba demasiado sumida en su dolor para captar las sutilezas de las sugerencias occidentales. Gimió entre sollozos.

—Señorita muerta. Esther muerta. ¿Qué será de Kinumé?

Terry murmuró a Ellery:

—El doctor pierde el tiempo. Ella no comprende. Bajo la aprobadora mirada del inspector, el sabio hizo sentar a Kinumé.

—Su porvenir está asegurado, Kinumé—prosiguió con insistencia—. ¿Le gustaría ocuparse de Eva en lo sucesivo?

Kinumé inclinó la cabeza.

—Kinumé ha servido a la madre de Eva. Ahora Kinumé servir a Eva.

—¿Protegerla?—murmuró el doctor—. ¿No hacer nada, no decir nada que pueda perjudicarla? ¿Sí, Kinumé?

—Yo velaré por Eva, doctor Mac Clure.

El doctor Mac Clure se enderezó y volvió a la ventana. Había hecho cuanto estaba a su alcance.

—¿Fué la señorita Karen quien le ordenó no re-

mente a los cuatro hombres. Luego volvió a llorar, sin querer oír más.

De pie en el umbral de la puerta, Eva balbució:

—Es más fuerte que yo... No puedo tocar nada allá arriba...

—Venga aquí, Eva—comenzó Terry—. No...

Pero Eva fué a sentarse en el diván junto a Kinumé, a la que rodeó con el brazo.

—No la abandonaremos, Kinumé. Cállese, mi buena Kinumé.

El inspector se sentó al otro lado de la vieja japonesa, sacudida por los sollozos.

—Reflexione bien, Kinumé. ¿Se acuerda usted del lunes por la tarde, cuando la señorita Karen la envió abajo a buscar papel de escribir? ¿Se acuerda?

La cabeza gris se inclinó, mientras el arrugado rostro permanecía oculto contra el pecho de Eva.

—¿Sabe usted por qué la señorita Karen la envió a buscar papel? Había cajas llenas en el cuarto del granero y ella no podía ignorarlo. ¿Se acuerda, Kinumé? ¿Le dijo el motivo la señorita Karen?

Kinumé se irguió, mostrando a todas las miradas su rostro ablandado por las lágrimas. Los tres hombres contuvieron la respiración. El porvenir de Eva dependía de la respuesta de Kinumé.

—Eso ocurrió unos momentos antes de la llegada de la señorita Eva, ¿no es cierto?

—Eva entró en el tocador en el momento en que Kinumé entraba en el cuarto de la señorita para entregarle el papel de cartas.

—Ya veo.

Eva tuvo la impresión de que el inspector, por ver mejor, poseía un millar de ojos, cuya mirada hostil e implacable la helaba hasta la médula de los huesos. Poco importaba la carta de adiós de su madre; la verdad había salido al fin de su pecho para confundirla. Gruñendo, el inspector se volvió hacia ella.

—De modo que, a pesar de todas sus protestas, intentaba usted engañarme, joven. Pero todo tiene fin en este mundo.

—Escúcheme, inspector—comenzó Terry, con la energía de la desesperación—. La señorita Mac Clure interpretó...

—Basta. Su madre no ha podido matar a Karen Leith, señorita Mac Clure. La puerta del granero estaba condenada. Kinumé acaba de decirnoslo. Nadie ha podido entrar o salir del cuarto por esa puerta. Las ventanas, además, están provistas de gruesos barrotes y, según su propia confesión, nadie pasó por el tocador. Sólo usted tuvo ocasión de cometer el crimen. Usted asesinó a su tia.

—Lo he dicho tan a menudo que comprendo la inutilidad de repetirlo—murmuró Eva—. Pero por última vez lo repetiré: yo no maté a Karen.

—Sí.

El inspector se encará con Terry Ring.

(Continuará.)

(Publicada con autorización de la Colección "El Buzo".)

PALACIO DE LIRIA.—Cuando la aristocracia cumple con su alto deber se tiene como consecuencia un ejemplo y un respeto, y este es el caso que han ofrecido los actuales duques de Alba al reconstruir el Palacio de Liria. Sería fácil, muy fácil, tomar la actualidad de este buen suceso para hacer relación de tantos palacios derruidos por las tierras de España; de tantos castillos abandonados, y de tantas casonas “venidas a menos” por incuria y descuido. Es nuestra misión referirnos al arte que se pierde o se gana y en esa línea, de cumplimiento del deber, podemos citar, en perdidos pueblos, en olvidadas villas, en lugares en los cuales hizo la verdadera historia de España, edificios que, aparte de su firma de linaje o de su punto de partida de mayorazgo, tenían un interés artístico capital; pero preferimos hacer silencio para anotar esta buena alegría de saber reconquistado el Palacio de Liria, que, al fin y a la postre, por gracia y buen pensamiento del duque de Alba, es orgullo de Madrid, ya que constituye un Museo que pocos, con el título y la significación de tal, pueden ostentar con los merecimientos del edificio que en la buena unión de Sánchez Cantón, Cabanyes, y Luis Santamaría, hemos visto surgir para nuestra gala y nuestro ornato. Y mejor que cualquier glosa o recuento ofrecemos a nuestros lectores las palabras de la duquesa Cayetana pronunciadas el día de la inauguración:

“Dios ha dispuesto que, en el momento de celebrar el fin de las obras de esta casa, falte quien había deseado con afán su reconstrucción. La ausencia de mi padre me impone el deber de decir algunas palabras; con ello quiero, primero, honrar su recuerdo, y, después, satisfacer su anhelo de ver rematada por sus descendientes la obra que había él emprendido. Así estos muros (con nueva vida merced al último gran em-

Noticia y crítica

de ARTE



Talla policromada de Nuestra Señora del Remedio, original de Ignacio Pinazo, que se halla expuesta en el Círculo Catalán

peño de su existencia) podrán desde ahora restablecer la continuidad que rigió la historia de nuestro linaje.

En estos momentos cobran en mi memoria vibrante actualidad los últimos veinte años. Mis recuerdos se detienen en un día de noviembre de 1936. Estábamos escuchando la radio, en Londres, después de haber cenado. Se transmitían las últimas noticias de nuestra guerra. Entre ellas, la del incendio del Palacio de Liria.

Conociendo el amor de mi padre por todo lo que su casa guardaba; sabiendo su afán por salvar el legado de quienes le precedieron, será posible intuir lo que sintió en aquel instante. La turbación que reflejó su rostro no vale para medir la emoción que hubo de producirle la noticia. Recuerdo tan sólo que, intuitivamente, se volvió hacia un retrato de su madre, que tanto había hecho por el Palacio de Liria; después dirigió su mirada hacia mí...

Pero me atrevo a decir más. Creo que esta idea del deber no se justificaba exclusivamente en razones familiares. En ningún momento pensé frivolamente que el fin de la reconstrucción se cumpliría con el placer de po-

ser una mansión más. La enorme carga y responsabilidad que iba a imponer la empresa, a él y a sus descendientes, valdría para que Madrid volviera a tener el Palacio de Liria, para que los amantes de las Bellas Artes pudieran contemplar las obras acumuladas por varias generaciones y para que los estudiosos tuviesen facilidades para la investigación de los documentos contenidos en el archivo.

Como uno de los principales deberes, inherentes a los de su linaje, se impuso dentro de su espíritu la reconstrucción del edificio. Sin Liria podría quebrarse el eslabón de una cadena. Cuando después de mi boda, en octubre de 1947, comprendí que la descendencia de su casa quedaba asegurada, no puse demorar por un instante el comienzo de las obras. No puede considerarse una simple casualidad el que se iniciasen precisamente cuando nacía su primer nieto.

Con las cuatro fachadas salvadas del incendio, los proyectos de Lutyens y las importantes reformas introducidas por el arquitecto y diligentísimo director de la obra, Manuel Cabanyes, se iniciaron los trabajos a fines de 1948. La lentitud con que se realizaba-

al principio explica el temor expresado en varias ocasiones: si sus años no le iban a permitir vivir en Liria, al menos se conformaba con la esperanza de morir en aquella casa donde había nacido.

Los avances en la obra, sensibles a partir de 1952, le llenaron, sin embargo, de nuevas ilusiones. Su espíritu se abrió con juvenil entusiasmo al pensar que cobriendo la casa con una terraza podrían aterrizar algún día en ella los helicópteros... Estas y otras anécdotas que podrían citarse revelan la esperanza, cada vez más firme, de llegar a disfrutar de la nueva mansión.

Después del mes de septiembre de 1953 los trabajos continuaron con ritmo creciente. Cuando llegó el momento de pensar en todos los detalles de la decoración contamos siempre con la ayuda valiosa de don Luis Santa María.

Gratitud especial merece nuestro conservador artístico, don José Manuel Pita Andrade, quien ha colaborado en todo momento con entusiasmo y competencia en la instalación de la casa.

En fin, en esta ocasión no podía faltar el consejo especializado tan valioso y desinteresado de Sánchez Cantón.

Y aunque el espacio nos obliga a alguna reducción, de las buenas; de las sinceras y generosas palabras de la duquesa de Alba, el buen lector habrá comprendido en las transcritas, un noble anhelo, un fervor, una sana ilusión y un emocionado recuerdo que nos es frecuente y, que cuando sucede, al ser la duquesa de Alba quien las pronuncia—, dona ese mismo día un millón de pesetas para la construcción de viviendas humildes—tienen un valor “nacional” y constituyen un buen ejemplar de enseñar a “estar” y a bien servir un apellido y un linaje.

M. SANCHEZ-CAMARDO

MUNDO *Ligero*



ILUSION Todos los años, las mozas guapas del barrio bajan a la fiesta pléyricas de euforia y de ilusión. Han sido muchos días, casi tantos como los del año, los que han estado pensando en las fiestas del barrio, en el chotis al compás del manubrio, en los churros calientes, en la copa de anís, en las palabras susurradas bajo la luz de las estrellas y en la vuelta en la noria, en la que la altura, el vértigo, acelerarán el latido de sus corazones. Como la rueda de esa noria, sus vidas seguirán su curso y volverán, invariablemente, a vivir la ilusión de la fiesta. Y cuando la noria de sus vidas haya dado más vueltas, ellas bajarán a la verbena con menos ilusión a añorar sus años juveniles, en los que en una vuelta de chotis puede quedarse el amor prendido en los flecos de su mantón.



LA CALLE DEL BARRIO En la calle es donde está el alma del barrio. Las calles de Tetuán de las Victorias son amplias, limpias, y por ellas circula la vida: una vida alegre y afanosa de trabajo. Bajo la luz del sol, el barrio vive sus afanes diarios, y luego, en la noche, sonarán los manubrios, ondearán los mantones de las mujeres, y una flor blanca, como una estrella caída del cielo, brillará en la negra cabellera de una mocita ilusionada.

Tetuán de las Victorias tiene un nombre ardiente y orgulloso; Tetuán de las Victorias—en su nombre—es como un zoco por el que pasearan, con el fusil en paz, aquellos soldaditos que Rosales pintó, dispuestos al asalto, tras el caballo bayo de O'Donnell.

Para mí, Tetuán de las Victorias es un barrio alegre, como puede serlo un balcón. Tiene algo de esto, de balcón extremo de Madrid, que se abre a nuevos horizontes, y por eso es, también, trabajador e industrial, con sus campos que os sorprenden, y sus casas, nacidas aquí y allá, lo mismo que árboles que se adelantaron al bosque. En su principio es ciudad, y ciudad castiza; ciudad de comercios sencillos, de mercados con tertulias, de trabajo al aire libre, bello de esfuerzo y artesanía; después, Tetuán se despliega en guerrilla. Este desplegarse en guerrilla de Tetuán, para ir conquistando nuevas tierras donde poner el pie de sus edificaciones, le enlaza con su origen; ese origen, guerrero y victorioso, que bendice una Virgen que lleva, precisamente el nombre triunfal de las Victorias.

Quando los soldaditos de España se desangraban por tierras moras, en el año redondo de 1860, fué ganada la gran victoria de Tetuán. Llega, todavía, hasta nosotros, en mapas adornados como los viejos mapas marineros, en litografías donde luchan fusiles primitivos contra espingardas, donde los mozos de España se protegen del sol africano con telas caídas a ambos lados del ros, como las que llevan, Castilla adelante, las huestes del marqués de Ahumada. Estas litografías adornan las casas de nuestras abuelas; las casas isabelinas donde la luz, pese a todos los adelantos, brilla con resplandor de quinqué. Al leer las crónicas de la época se percibe el entusiasmo anhelado de una Patria que espera. Y sobre todo ello, caracolea el corcel del duque de Tetuán, capitán general de aquellas gentes, que al triunfar en su empresa, supieron dar nombre a Tetuán de las Victorias.

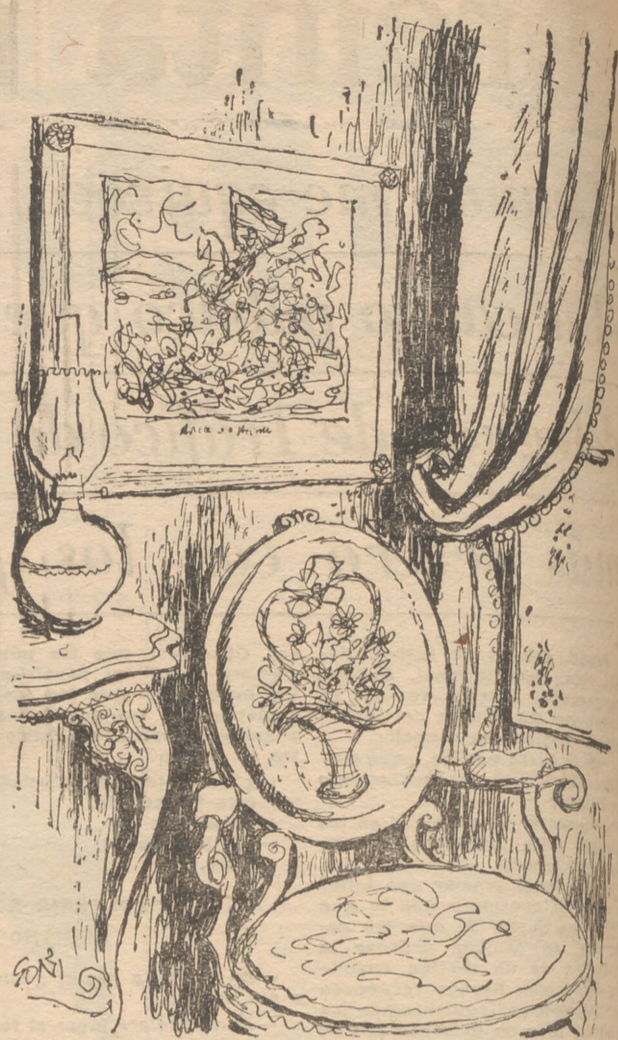
Sus gentes son las nuestras; las gentes de Madrid, tan igual y tan distinto, tan castizo y tan llano; las gentes que cantan a Mari-Pepa y duermen los niños en las verbenas que, como en un vuelo lírico, preside la Virgen de la Paloma. Estas gentes de Madrid son venidas de las cuatro esquinas de España, y por eso las entendemos y las amamos; por eso Madrid, en su corazón, reúne los cuatro latidos de la Península, y los hace tan suyos, que cuyos nos parecen su esfuerzo y su alegría. Cuando Tetuán de las Victorias trabaja, su afán viene acompasado como por un canto que reuniese los calientes del Sur y los lentos del Norte, los saltarines del Este, que giran en torno a la Santa Espina, y los dormidos del Oeste, que ensueñan al cantar. Y, cuando se alegra, su alegría es también la de todas las provincias que afincaron aquí, y se hicieron madrileñas, sin olvidar por ello su ascendencia y la ligera morriña de los paisajes perdidos. La alegría de Tetuán de las Victorias tiene, además, cuando, como hoy, se enciende en fiestas, algo de pólvora corrida; eco español y brillante de aquella otra pólvora que se corrió, con éxito, entre el monte Geleli y el campamento de Muley el Ab Bas.

Pero este año las fiestas vienen enlutadas de tristeza. Tetuán de las Victorias ha visto, hace poco, cómo sus muros se derrumbaban sobre una pareja en trance de celebrar la dulce y esperanzadora alegría nupcial. Muchas de sus familias padecen ahora dolor de ausencia, y por el barrio se extiende un silencio perfumado de plegarias. Pero, no obstante, sus fiestas se celebran, y se celebran con alegría; una alegría más íntima y callada, que nace no del jolgorio habitual en ellas, sino del fin último que las fiestas de Tetuán de las Victorias tienen. Como es sabido, en ellas se recaudan fondos para la Beneficencia del distrito, monedas que alivian la pobreza de aquellos a los que la suerte volvió las espaldas. La enfermedad, la miseria, la soledad y el abandono, se mitigan con estas fiestas, que animan, sobre todo, un fin trascendente de caridad. Por esto Tetuán de las Victorias, con crespones sobre el ánimo, celebra, pese a todo, sus fiestas tradicionales. Porque es un barrio tan generoso y abierto, que sabe hacer todos los sacrificios, incluso el de su dolor.

Y por eso también, es grato, como nunca, hablar de las fiestas de Tetuán de las Victorias. Aunque, al final de ellas, nos acerquemos a la parroquia, para rezar por los desaparecidos, ante la Virgen que sonríe bendiciendo al barrio.

(Dibujo de Goñi.)

M. P. A.



LOS HOGARES El barrio, es alegre y sonriente. Sonríe en las vidas de sus habitantes; sonríe en la blancura de las fachadas de sus casas y en la verdura de los árboles que asoman entre las edificaciones, poniendo en el paisaje una nota de color. El barrio conoce la vida y la nota de angustia con que ahora ha sonado en Madrid, la oculta en lo más íntimo de su corazón y generosamente sigue ofreciendo el blanco de una sonrisa para hacer olvidar el dolor a sus habitantes.